

“Hombres y mujeres de distintas edades y provenientes de diferentes mundos culturales reciben hoy el máximo galardón que su país puede otorgarles”, señaló la Ministra de Educación, Mariana Aylwin, durante la ceremonia de entrega de los Premios Nacionales 2001, realizada el 7 de noviembre en el salón de los Fundadores de la Biblioteca Nacional.

SOLEMNE CEREMONIA ENMARCO ENTREGA DE PREMIOS NACIONALES 2001

La Secretaria de Estado hizo notar que “no sólo tenemos a los mayores exponentes de sus disciplinas entre nosotros, sino que ante todo tenemos a aventureros, buscadores y pioneros”, reveló a los premiados señalando que en sus respectivas áreas necesitaron mucho arte para estar a la altura de sus inquietudes intelectuales sin olvidarse del país que con empeño han contribuido a mejorar.

“Nuestros Premio nacionales del 2001 son hombres y mujeres del siglo XX, que nos recuerdan que el trabajo constante, que la creación y la entrega total a los otros, es la única forma de crear una sociedad realmente humana”, añadió.

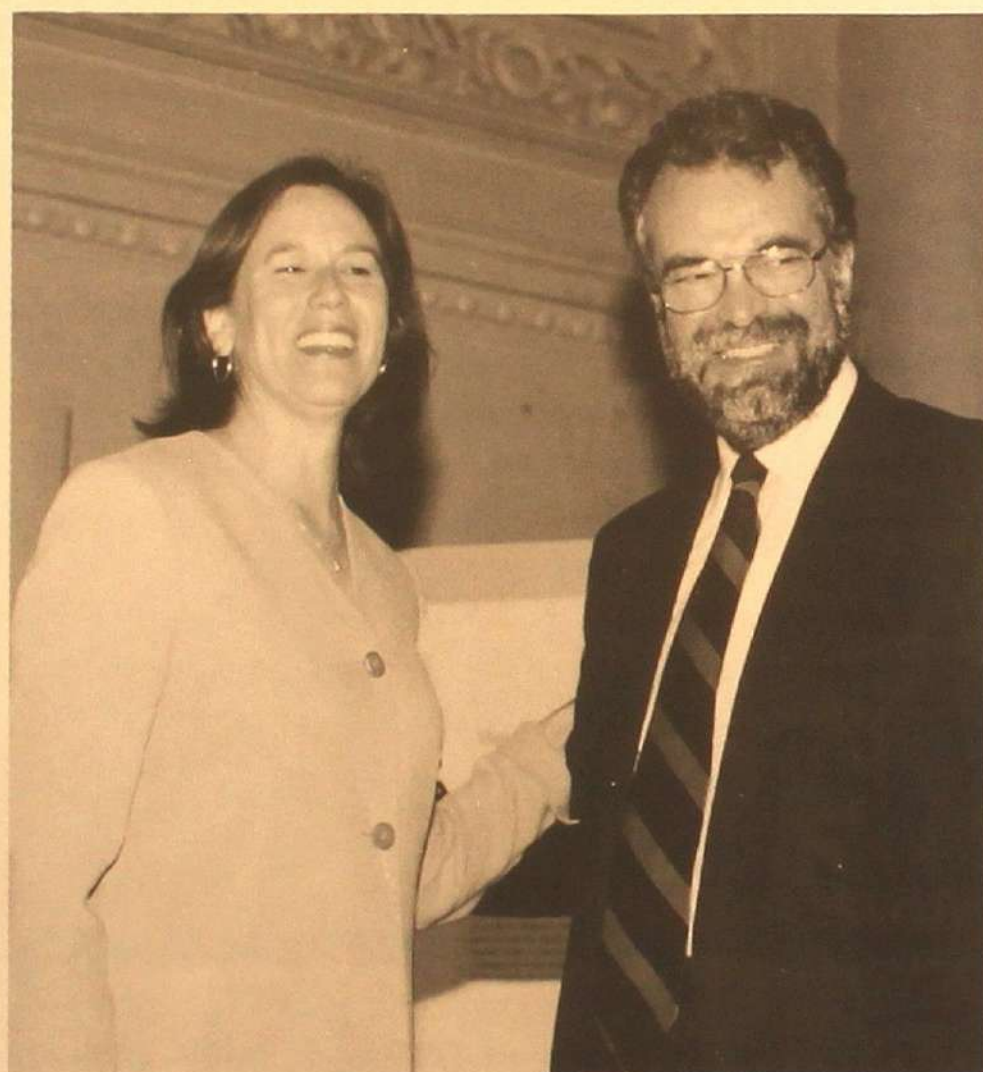
Los Premios Nacionales son un reconocimiento a la obra de chilenos que destacan por su excelencia, creatividad, aporte trascendente a la cultura nacional, al desarrollo de variados campos, áreas del saber y de las artes.

Este año se entregaron los Premios Nacionales de Ciencias Exactas, (Fernando Lund Plantat), Artes Plásticas (Rodolfo Opazo Bernales), Humanidades y Ciencias Sociales (Francisco Orrego Vicuña), Periodismo (Tito castillo Peralta), Artes de la Representación y Audiovisuales (María Luisa Solari) y Ciencias de la Educación (Francisco Vera Lamperein).

La Ministra de Educación en su alocución hizo una breve alusión a los méritos de cada uno de los galardonados. Respecto a Fernando Lund, manifestó:

“Fernando Lund, Premio Nacional de Ciencias Exactas, logró unir en su propio campo su carrera científica experimental, con la docencia y la entrega a sus alumnos y a su país. Doctor en Física en la Universidad de Princeton, no dudó de volver a Chile en un período en que el desarrollo de la ciencia y la vida académica eran difíciles y hasta peligrosas.

En el Departamento de Física de la Facultad de Ciencias, primero y luego en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, hizo su propio mundo. Formando alumnos como él, preocupados como él, del desarrollo de la investigación más sofisticada. Creador de las jornadas de física contemporánea y del taller de



física en la Enseñanza Media. Su actividad como promotor de la física a todo nivel de la enseñanza, no le ha impedido ser una eminencia mundial en la sismología, las fracturas, y más recientemente, la física de los materiales.

Por su parte, Fernando Lund al agradecer la distinción, manifestó que tres fueron los sentimientos experimentados:

“Muchas personas me han preguntado que se siente recibir el Premio Nacional de Ciencias Exactas. Mi respuesta invariable ha sido, mucho honor, alegría y orgullo. Honor, pues es una distinción que se otorga a pocas personas en una comunidad de especialistas que es cada vez más numerosa. Alegría, por la reacción generosa y amable de discípulos, colegas, maestros, familiares, amigas y amigos cuyo recuerdo va muy atrás en el tiempo y lejos en el



espacio. Orgullo, por el reconocimiento que el Estado Chileno hace de una labor desarrollada al interior de una institución nacional.

Es un honor pertenecer a la comunidad científica nacional, que está formada por un número, todavía pequeño pero creciente, de profesionales sumamente competentes y dedicados a un trabajo en el que creen con pasión. Desde luego que comparto esa pasión, que es uno de los elementos que trato de transmitir a mis estudiantes, y que es una fuente importantísima de energía en la tarea de desentrañar los misterios de la naturaleza. Esta tarea no sólo es una fuente de satisfacción personal para quien la realiza: tiene también un significado social, de crear conocimiento y de irradiarlo al resto de la sociedad. Conocimiento que es cada vez más crucial para poder desenvolvemos en un mundo complejo, como siempre lo ha sido, pero más intercomunicado que nunca. Veo entonces en este Premio una señal, que tiene un fuerte contenido simbólico, de la importancia que la Nación otorga, no sólo al galardonado, sino a todos los que comparten con él, la cotidianeidad de su oficio.

Recibir una distinción de esta naturaleza es también una ocasión para una pequeña reflexión hacia el pasado y una especulación hacia el futuro. Hice mis estudios primarios y secundarios en el Colegio de los Padres Franceses de Alameda. Si tuviera que decir en una frase lo que más me marcó de ese paso fue, el impulso para defender las propias ideas sin dejarse amilanar por modas o mayorías pasajeras.

Mis estudios universitarios de pregrado fueron en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile, donde recibí una formación de primera, gracias a la dedicación y generosidad, en tiempos que ya comenzaban a ser turbulentos, de maestros como Alex Trier, Carlos López, Miguel Kiwi y Luis Gomberoff. Luego hice estudios de doctorado en la Universidad de Princeton, en los Estados Unidos de América. Es difícil transmitir la sensación de estímulo y regocijo que produce el participar de un clima intelectualmente tan estimulante como el que transmite esa institución, y recuerdo con especial cariño a mi supervisor, Tullio Regge, así como a mis buenos amigos y tenaces apoyadores de esa época, Claudio Teitelboim y Enrique Tirapegui. Desde fines de los años setenta trabajo en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Como lo mencionó la Ministra, era una época dura en Chile, y quiero aprovechar esta oportunidad para rendir un homenaje a tres personas cuyo ejemplo de vida me impulsó a tomar la decisión de regresar al país: Patricio Cordero, Carlos López, Igor Saavedra. Ahí me he beneficiado del contacto cotidiano con mis colegas del Departamento de Física y también, más recientemente, del Centro Fondap de Materiales. Es ahí donde realicé los trabajos que el jurado del Premio Nacional tuvo la generosidad de reconocer, y que no hubieran sido posibles sin el apoyo del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico, Fondecyt. La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile tiene una característica simple, pero que comparten pocas instituciones en el mundo: congrega en su seno tanto a científicos como a tecnólogos de muy alta calidad. Esto, junto con el atractivo que ejerce sobre un importante número de estudiantes talentosos y motivados, le da, en mi opinión, un potencial único para la educación de cuarto nivel. Es en esta Facultad donde he sido testigo y participante de los últimos veinte años de nuestra historia, y desde donde sigo, con esperanza, las señales de evolución futura que nos entregan nuestras autoridades políticas.

Hace algunos minutos mencioné la palabra orgullo, y quiero hacerla extensiva para recordar el orgullo por el trabajo bien hecho de tantas personas que hacen posible el desempeño de aquellos que tenemos mayor visibilidad: En cualquier institución hay correspondencia que debe ser despachada, órdenes de pago que deben seguir su trámite administrativo y, por muy sofisticado que sea un equipo de laboratorio, siempre necesita piezas que deben hacerse en un torno, con mucha precisión y de acuerdo a especificaciones. Vayan a esas personas mis sentidos agradecimientos.

Para terminar, no puedo dejar de mencionar a mis padres, y agradecerles haberme dado la vida, una educación, y la seguridad de ser querido. A mi esposa María Teresa Ruiz y nuestro hijo Camilo, por un ya largo camino recorrido juntos, y que se ve cada vez más atractivo”.